

Crispiniano la fuerza de la gracia, y esa constancia sobrenatural que descubre en el hombre todo el poder de Dios, y el influjo de su fe divina. Vedlos ya en Soissons, ciudad populosa de Francia que el cielo ha destinado para ser el teatro de los gloriosos triunfos de sus siervos. Las cárceles, los hierros, las bestias feroces, cuanto de mas inhumano y cruel puede inventar el furor pagano para atormentar á sus enemigos, todo se prepara para rendir su constancia y hacerles abjurar sus principios. Mas ¿qué podrá la humana é infernal malicia contra unos corazones poseídos del verdadero amor de Jesucristo? Ah! Crispin y Crispiniano podian, como el Apóstol, desafiar á la tribulacion, á la angustia, á los peligros, á la persecucion y á la espada de los tiranos, seguros de vencer en la lucha con el auxilio del Dios en quien confiaban.

Bien lo manifestaron, señores, en la heroica intrepidez con que arrojaron el odio, la calumnia, los tormentos y todo género de crueldades, ántes que ceder un ápice del terreno en que la fe les colocara. Inútilmente Ricciovaro, gobernador de aquella ciudad por los emperadores Diocleciano y Maximiano, ardiendo en cólera al oír la nueva de los prodigiosos resultados de la predicacion de los dos santos hermanos, manda que abrumados bajo el peso de duras cadenas sean conducidos á su presencia. ¿Qué intentas, oh monstruo de impiedad? ¿Que renuncien á las creencias que han recibido desde su infancia y que tan dignamente han practicado? ¿que hagan traicion á sus principios hondamente arraigados en el fondo de sus corazones? ¿que abjuren las promesas que en el bautismo hicieron, y se degraden y envilezcan ante Dios y los hombres, manchando su vida con una detestable apostasia? No, no es posible; el aparato estremecedor de los suplicios es incapaz de intimidar unos pechos en quienes mora el Dios de la fortaleza y de la virtud. Si como seres criados para vivir, tienen como todos los demas el instinto de la conservacion, si como racionales aman naturalmente la existencia, como cristianos empero aprecian mas que todo esto aquella fe que de Dios hubieron, y que es el principio y á la vez el camino de la verdadera inmortalidad. Léjos, muy léjos de Crispin y Crispiniano ese furor fanático que los pseudo-filósofos de nuestro siglo atribuyen á los mártires de Jesus. Sus convicciones son fuertes y robustas; las pruebas que determinan sus creencias son ciertas, incon-

testables, emanadas del seno de la verdad esencial. Saben que Dios mismo es quien ha revelado todo cuanto forma el símbolo de su fe, y en su consecuencia prefieren mil veces una muerte temporal á una reprobacion eterna. ¿Qué cosa pues mas prudente? ¿qué cosa mas racional? El verdadero fanatismo consistiria en anteponer una existencia caduca á una existencia imperecedera; en temer á los hombres mas que á Dios; en abandonar unos principios ciertos por seguir unos principios positivamente falsos; en ser traidores por no ser víctimas. No será así, pues; Crispin y Crispiniano no abandonarán cobardes las banderas de su divino maestro, siquiera sea menester hacer frente á numerosas huestes de enemigos, aunque hayan de luchar con todo el poder del mundo y del infierno. En efecto, Ricciovaro les intima desde luego que cesen de predicar á Jesucristo. — No es posible, contestan los santos hermanos, jamas enmudecerémos cuando se trate de la gloria del Dios del cielo y de la tierra, y de su unigénito Jesucristo. — Soy vuestro superior, y os lo mando. — Mas justo es obedecer á Dios que á los hombres. — Vuestro Dios no es mas que un hombre que ha muerto con ignominia en una cruz. — Esa cruz es el trofeo mas augusto de sus glorias; él ha resucitado triunfante, y ahora está sentado á la diestra de su Padre, desde donde domina á todo el universo, y de allí vendrá un dia á juzgar á todos los hombres. — Ofreced incienso á las divinidades del imperio, ó preparaos á experimentar todo el rigor de las leyes. — Preparados estamos no solo para sufrir y padecer, sino para morir por el nombre del único Dios á quien adoramos.

Ya llueven sobre sus cuerpos extendidos en la troclea millares de azotes que despedazan sus miembros y hacen correr de ellos torrentes de sangre; ya les introducen por entre las uñas cañas agudísimas que les causan dolores violentos é insufribles; ya aquella carne inocente despojada de la piel no presenta mas que una horrible llaga que no puede mirarse sin estremecimiento... Gran Dios! Sucumbirán á la fuerza de tormentos tan inauditos?... ¿Os negarán debilitados con tan atroces suplicios?... En manera alguna; los invencibles mártires sienten reanimarse su valor en proporcion de sus dolores; cuanto mayor es la violencia del suplicio, tanto mas eficaz es la gracia que experimentan del cielo; no solo no se acobardan, sino que alegres y animosos no cesan de bendecir y alabar al

Señor, porque les ha hecho dignos de padecer por su gloria tamaños tormentos.

¿Qué importa que atados de piés y manos sean arrojados en las profundas aguas del Aisne? Cuando Dios quiere hacer ostensible su poder, ¿podrán impedirselo los elementos? ¿No es él el que crió los ríos, los encerró en su cauce y dió giro á sus corrientes? Pues este Dios en quien esperan Crispin y Crispiniano, y por cuya gloria padecen, sabrá sacarlos incólumes de entre las olas á vista de sus verdugos, que no podrán ménos de reconocer la accion de un principio sobrenatural en este acontecimiento tan fuera del órden comun. Así sucedió, católicos oyentes; Crispin y Crispiniano triunfantes de las aguas no ménos que de los azotes y demas suplicios, aparecen en la ribera entonando himnos de alabanza al Dios de las alturas que tan glorioso se manifiesta en sus servidores, cumpliendo literalmente los oráculos que pronunciara por boca de sus profetas. El Señor habia dicho: «Cuando pasares por el agua, estaré contigo y no te anegarán sus corrientes; cuando anduvieres por medio del fuego, no te quemarás, y ni aun el olor de las llamas podrá perjudicarte si yo me propusiere confundir á tus enemigos, porque yo soy el señor Dios tuyo, el santo de Israel, tu Salvador» (1). Por eso, bien así como quiso que sus mártires saliesen victoriosos del agua, plúgole tambien que lo fuesen del fuego. Prepárase un horno encendido, colócase sobre él una caldera en donde se hace hervir una gran cantidad de plomo, y en aquel horrible líquido son arrojados los santos hermanos. ¡Oh Dios de Ananías, de Azarías y de Misael, que con el soplo de tu virtud omnipotente refrigeraste á tus siervos en el horno de Babilonia! Hé ahí esas dos víctimas inocentes que por tu nombre sufren. Tiempo es de hacer ver á los que con blasfemia se atreven á poner sus lenguas en tu religion santa, que ella sola es la única verdadera, y en cuyo seno se obran los verdaderos prodigios. Vean cuantos osan atribuir la constancia de tus mártires á un exceso de furor imprudente, que eres tú mismo el que los sostienes en la lucha, y que cuando te place cambiar el órden de la naturaleza, ni el cielo, ni la tierra, ni los hombres, ni los ángeles, ni los elementos son capaces de impedir que se cumpla tu divino beneplácito.

(1) *Isai. c. 43. v. 2 et 3.*

Cumplióse en efecto: el que en otro tiempo envió sus ángeles á Daniel, á Elías, á Tobías y á los mancebos de la corte del rey Nabuco, envió tambien un espíritu celestial á Crispin y Crispiniano, les consoló en su tormento, neutralizó la actividad de aquel fuego consumidor, y extrayéndoles sin la menor lesion, hizo ver que la gracia de Jesucristo es superior á la naturaleza, que no hay quien resista al poder de la divinidad, y que esta hace á los hombres superiores á sí mismos siempre que así conviene á los intereses de su gloria.

¿Qué resta pues para convencerse de que los santos mártires Crispin y Crispiniano fueron dos testigos irrecusables de la divinidad del cristianismo, puesto que por los méritos de la sangre del Cordero vencieron al dragon infernal, se hicieron superiores á las amenazas, triunfaron de los tormentos, y aun miraron con indiferencia una vida temporal, ántes que negar su fe y hacer traicion á su Dios? Vedles como por último, cual inocentes corderillos, entregan sus cuellos al cuchillo de un tirano, y espiran gozosos alabando á su Dios y proclamando altamente sus grandezas. Ved aquel suelo regado con su sangre preciosa, de donde brotan á millares discípulos del Crucificado que á porfía se disputan el honor del martirio. Ah! Este es un fenómeno que la filosofía de la incredulidad no ha podido resolver jamas, y solo ha hallado un término favorito para desvirtuar su mérito, llamando á la constancia de los mártires exceso de fanatismo! No lo entendió así el gran Tertuliano. «La constancia que nos reprochais, decia, es una leccion cuya causa es preciso investigar. Cualquiera que examine nuestra religion no puede ménos de abrazarla. Abrazándola se sien- te arder en deseos de padecer, á fin de conseguir á precio de su sangre la gracia de Dios de que se hiciera indigno. (1)»

¡Ojalá, católicos oyentes, que convencidos de estas verdades, os animaseis á imitar los ejemplos de vuestros ilustres patronos, y que en vuestra vida ajustada á las leyes del Evangelio se viese una prueba inequívoca de la divinidad de esa religion que teneis la dicha de profesar! Entónces podríais esperar la proteccion del cielo en vuestros infortunios, bien así como la experimentaron Crispin y Crispiniano en los momentos

(1) *Tert. Apol. c. 50.*

de prueba y de tribulacion. Entónces el Señor haria ostensibl su virtud omnipotente haciéndoos triunfar de vuestros enemigos, como triunfaron nuestros santos de los suyos por los méritos de la sangre del Cordero sin tacha, y por la fe en su palabra infalible. Entónces seríais felices en esta vida por la posesion de la gracia, y mas de todo punto despues de la muerte por la fruicion completa de la divina esencia en la morada eterna de la gloria.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

(DE BOURDALOUE.)

Amen, amen dico vobis, quia venit hora, et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint, vivent.

Con verdad os digo, que esta es la hora cuando oirán los muertos la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán.

S. Juan, c. 5. v. 25.

Este misterio nos propone Jesucristo en su Evangelio; pero aun despues de la declaracion que de él nos hizo el mismo Señor, tiene todavía oscuridad: pues los padres de la Iglesia no están conformes en el sentido de este lugar. Unos creyeron (y es pensamiento de Orígenes) que se debía entender de la resurreccion general, en que los muertos saldrán con efecto de sus sepulcros para comparecer ante el tribunal del Hijo de Dios, y recibir su última sentencia. Otros (como san Cirilo) lo entendieron de las resurrecciones particulares, esto es, de los milagros que obraba el Hijo de Dios cuando en virtud de una sola palabra resucitaba los muertos. San Agustin lo interpretó en sentido moral de la resurreccion espiritual, y justificacion de los pecadores, que estando muertos por la culpa, resucitan con a gracia interior de Jesucristo, y con la virtud de su sacramento. Permitidme, cristianos, y tened á bien que en tanta variedad de dictámenes siga el que me parece mas conforme al espíritu de la Iglesia; y que sin entrar en la discusion de este misterio, me contente con aplicarlo á la festividad que celebramos: *Venit hora, et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei.* Hoy es cuando los muertos han oído la voz del Hijo de Dios, porque hoy es cuando en todo el mundo se ha ofrecido por los muertos el sacrificio solemne del cuerpo y